

Una consideración sobre el hombre omnipotente ¿Cómo pensar la muerte?

Alejandra Cantoral Pozo
Facultad de Psicología, UMSNH

*“Exigir la inmortalidad del individuo
es querer perpetuar un error hasta el infinito”*

Schopenhauer

En este trabajo intentaré dar una mirada respecto a la actitud ante la muerte del hombre contemporáneo, ligada a la consideración del ser humano como omnipotente en torno a sí mismo, como dueño y señor de todo lo que existe en el mundo. Aún con el paso del tiempo y teniendo en cuenta las formas de construcción del conocimiento, para el ser humano occidental ha sido difícil abandonar el lugar divino y omnipotente en el cual siempre se ha colocado, ya sea sostenido por Dios o por la Ciencia positiva.

Paradójicamente y tomando una distancia, las llamadas revoluciones científicas muestran que el ser humano no es omnipotente, que se encuentra alejado de ello ya que es un ser incompleto e inacabado, un “aborto de mico” según Dany Robert-Dufour, filósofo contemporáneo.

Si damos una mirada rápida a la relación hombre-conocimiento, hallamos lo siguiente: Copérnico, con su teoría heliocéntrica, cuestiona el poder divino del rey como representante de Dios en la tierra. Si la tierra no es más el centro del universo y ella se mueve alrededor del Sol, queda en cuestión el nexo entre Dios y el Rey; Kepler refuerza la tesis del sistema solar y el movimiento de rotación y traslación de la tierra con el descubrimiento de las órbitas elípticas; Darwin pone en tela de juicio el origen y la creación divina del hombre, y muestra que el *homo sapiens* evolucionó de los primates. Es un animal, un mamífero y tiene un parentesco cercano con el mono; Marx muestra que las estructuras sociales no son rígidas y establecidas de una vez y para siempre, porque los sujetos de una sociedad están determinados por las formas de economía política de un país, es decir, por sus formas de producción; Freud deja en claro que el ser humano no es consciente de su propia vida y que aquello que se conoce como Yo es lo más frágil de la estructura de un sujeto, porque el sujeto es de naturaleza inconsciente, es decir, ni siquiera es dueño de su propio pensamiento.

En la actualidad, Dany Robert-Dufour, apoyado en la tesis sobre *“La génesis del hombre”* del anatomista Luis Bolk publicada en 1926, se une a estos planteamientos, en tanto destruye la idea narcisista del hombre. El filósofo francés retoma la antigua tesis sobre la neotenia humana para plantear hoy día que “el hombre es un aborto de mico” (Dufour, 1999:17 a 35), porque el hombre es un neoteno, es decir, que no terminó nunca su ciclo evolutivo; por alguna razón nace, crece y siendo joven, sin haber logrado la madurez, se reproduce y muere.

Para Luis Tamayo, un psicoanalista mexicano, la condición de la neotenia humana se complejiza en cuanto que no sólo es de naturaleza física, ya que en el hombre también hay una neotenia psíquica, es decir que: el ser humano no sabe lo que quiere, tampoco sabe lo que es y se halla atado a la monotonía; además hace síntomas que, si producen preguntas, posibilitan al sujeto realizar cosas que pueden servir para obligarle a modificar su monotonía, intentando dar respuesta a las preguntas sobre el cuidado de sí.

Sin embargo, aún teniendo en cuenta los antecedentes arriba mencionados en cuanto a la historia del conocimiento, y a pesar de los intentos de descentramiento en cuanto al narcisismo humano, a través de la historia del conocimiento el hombre se sigue considerando omnipotente, y como tal, se ha convertido no sólo en “dueño” de su cuerpo sino también, como lo muestra la historia de la humanidad, en dueño de otros hombres¹ y de todas las cosas que hay en la tierra. Además, en el afán de vencer su propia muerte, se ha estructurado psíquicamente como un sujeto inmortal. Con el paso del tiempo los humanos hemos terminado creyendo que lo poseemos todo, incluso a la naturaleza, y que la muerte sólo nos llega por error, como un accidente.

En 1977, Lévis-Strauss realizó una fuerte crítica a la idea de los derechos del hombre desde la postura del humanismo. Ésta se inspira a la vez en los estoicos, en la filosofía hindú y en el “pensamiento salvaje” que se fundamenta principalmente en el respeto a las especies vivas, a las que también pertenece la humana.

Lo que Lévis-Strauss hace es justamente poner en duda la idea cartesiana del “hombre amo y poseedor” de la naturaleza; lejos de ello, el hombre sólo tiene la obligación de protegerla. Así, el maestro del pensamiento estructuralista francés plantea los fundamentos de una ecología filosófica. Se anticipó a los devastadores efectos que el capitalismo salvaje ha producido en la naturaleza, como el caso particular que sufre el agua dulce del planeta por la industrialización y el uso indiscriminado de la tecnología con fines lucrativos.

Sin embargo, el mayor problema no es el uso de las tecnologías puesto que ello no se puede frenar. El problema principal que enfrenta el hombre en

su omnipotencia es la imposibilidad que tiene para detenerse a pensar, a reflexionar sobre él y su relación con las máquinas. El hombre no se pregunta más nada. Todos los hombres somos pobres de pensamiento (*gedanken-arm*), faltos de pensamiento (*gedanken-los*) (Heidegger, 2002:17). Acostumbrados a lo fácil, al entretenimiento, hemos dejado de pensar el mundo, nos hemos convertidos en esclavos de la técnica, planificadores y no pensadores.

Lo macabro en occidente

La omnipotencia y la inmortalidad me parece que van de la mano, ambas se fundamentan, se sostienen una de la otra. Sin embargo, y paradójicamente, la cultura que ha sido producida por el ser humano, según consideraciones de Hegel, está más ligada a lo muerto que a lo vivo.

De acuerdo con Juan Carlos Macías (2007), siguiendo el pensamiento de Hegel en su *"Historia de la filosofía"*, la cultura es una inmensa funeraria puesto que todo lo que está en ella ya murió, y sólo podemos leer en los cuerpos la huella como cicatrices. Cicatrices que muestran marcas de lo que algún día, en algún tiempo sucedió. Se lee lo muerto porque lo que podemos ver en la cultura ya se acabó; igual que el cuadro terminado por su pintor, se acaba, se petrifica. Así, la cultura se orienta a partir del producto terminado, es decir de lo que ya murió, de lo que ya no es, de lo que fue. El hombre se orienta en el mundo a partir de inscripciones que le hacen saber lo que pasó o lo que puede pasar, y lo que parece imposible para el ser humano es habitar el presente, el instante. Si pensamos que la cultura misma es un producto que se estructura y se representa sólo a partir de lo finalizado, de lo aniquilado, entonces la relación entre el ser humano y la muerte es eterna, es total. Quizás el problema radica en la imposibilidad del hombre contemporáneo para pensar y reflexionar acerca de la vida y de las cosas que lo rodean. El hombre omnipotente destruye todo, lo destruye absolutamente todo; incluso para producir su propia cultura se basa en lo aniquilado, lo inexistente. Curiosa resulta la imposibilidad que experimenta el ser humano para pensar que su propia muerte tarde o temprano tiene que llegar. Así, lo que siempre está intentando aislar es su muerte.

Sin embargo antes, todavía hasta el siglo XVIII, el hombre intentó domesticar la muerte pero dejó de hacerlo, falló probablemente porque él seguía muriendo; entonces la hizo salvaje, según una consideración del historiador francés Philippe Ariès. Lo que el ser humano hizo a partir del Barroco fue aislar a la muerte de su entorno y principalmente de su cercanía, es decir, intentó aislar a la muerte de sí mismo, de su experiencia personal. Creyó alejarse de la experiencia de morir, exiliándose de su única certeza. La muerte desde entonces en occidente es

vista como mero accidente, como una contingencia; se convirtió en algo antinatural, alejada de la vida omnipotente del ser humano.

Según Ariès, en la antigüedad occidental desde Homero hasta Tolstoi, la actitud ante la muerte estaba domesticada, se trataba de la muerte familiar, es decir que se hallaba próxima, era familiar, insensibilizada en tanto natural. Era opuesta a la de hoy en día. En la actualidad la muerte se ha vuelto salvaje, asistimos a la muerte seca y privada. Lejos estamos ya de hacer de la muerte un trágico acto público. La muerte resulta ajena, lejana, imposible quizás, porque lo que más resalta en nuestra época es la omnipotencia humana; sin embargo no siempre fue así en lo que refiere a la actitud ante la muerte, según se nos muestra en la época macabra occidental.

Primero es necesario aclarar a qué se le suele llamar *macabro*. Lo macabro habla de las representaciones realistas del cuerpo humano mientras se descompone. Lo macabro medieval comienza después de la muerte y se detiene en el esqueleto. El esqueleto seco, *la morte secca* característica del siglo XVI y aún en el XVIII. Sin embargo durante los siglos XIV y XV, lo macabro se hallaba dominado por la imagen repugnante de la corrupción de la única naturaleza del hombre como carroña. Lo que se mostraba con la danza macabra, *artes morendi*, era la constante amenaza de la muerte y la fragilidad de la vida.

En la época macabra durante el siglo XV se sabe, por la iconografía de grabados en madera, que las formas del “bien morir”, el llamado *arte moriendi*, que la mejor forma de morir era en el lecho; las imágenes sobre la muerte mostraban que siempre se moría en la cama, ya fuera de muerte “natural”, es decir, sin enfermedad o por muerte frecuente, incluyendo los accidentes. Siempre el cuerpo tenía que pasar por el lecho de amor, de descanso, en donde se había pasado gran parte de la vida, y la habitación se llenaba de gente porque siempre se moría en público.

Dentro de la habitación del moribundo se instalaba un teatro dramático en donde lo que se representaba cada vez era el destino humano, el destino del moribundo que mostraba la muerte; se escenificaba en público, el hombre entonces no era inmortal, no era omnipotente puesto que ella era una cualidad de Dios. El ser humano de finales del siglo XVIII asistía públicamente al trágico acto de la muerte de su semejante para recordar su condición mortal.

Sin embargo, también se sabe que los temas de lo macabro tenían una connotación, una finalidad moral que acercaban la muerte, la carroña con la sexualidad: existía un nexo entre la muerte y la sexualidad. Otra consideración importante es que las imágenes de la muerte y de la descomposición no sólo significaba el miedo a la muerte o al más allá. No podemos negar que fueron utilizadas también para ello, pero la época

macabra muestra el amor apasionado por el mundo terrestre y principalmente, una conciencia dolorosa del fracaso al que está condenada la vida del hombre. Jamás el hombre amó tanto la vida como al final de la Edad Media; no podía resignarse a abandonar sus riquezas ni siquiera para morir.

Lo macabro tenía entonces la finalidad de recordar la mortalidad de todo ser humano, pero también lo rebajaba a basura y fetidez. Recuerda siempre que al final el hombre sólo yace con los gusanos y la purulencia. Lo macabro también se relacionaba con el nacimiento en el sentido de la infección, es decir, que nacemos entre heces y somos igual de infectos al morir.

Pero lo macabro resulta importante principalmente porque muestra la angustia que produce el saber sobre la muerte, la angustia en vida sobre la incertidumbre de la muerte. Lo macabro muestra el destino de la masa corporal que nos acompaña durante toda la vida. Para Foucault la importancia que el ser humano dio al acto de morir y a su ritualización, es decir, la domesticación de la muerte en lo macabro hasta finales de la Edad Media, quedó medrado por la risa del loco porque éste se reía por adelantado de la muerte. El triunfo de la muerte que se cantaba en los cementerios es sustituida por el tema de la locura, pero esta sustitución de ninguna manera implica una ruptura de la relación muerte-locura, porque en ambas experiencias, según Foucault, lo que se deja ver es la nada de la existencia humana, una nada que es sentida desde el interior. El espectáculo de la muerte mostraba que había que atraer a la prudencia y lo que cambió es que ahora la prudencia era denunciar al loco, mostrando a la locura como una forma de muerte en vida. Este nexo entre locura y muerte comienza a aparecer desde el siglo XV.

Llama la atención la similitud en cuanto al tema de *la danza macabra y el elogio a la locura*. La primera muestra la inmunidad y mortalidad de todos los seres humanos, desde el Papa hasta el más humilde campesino o el mendigo; la segunda pone en el centro el tema de la locura para dejar ver que sólo existen locos; no hay no locos. El Papa es loco cómo lo son los clérigos, el juez, el médico, el mendigo y toda la humanidad. Para Foucault, el tema de la muerte es abandonado porque en la locura se encuentra la muerte.

Hoy día el lecho de muerte dejó de ser símbolo de amor y descanso para convertirse en un material tecnológico de hospital que se halla reservado a los enfermos graves. Desafortunadamente, lo que se aísla retorna. El aislamiento que el hombre contemporáneo ha procurado en torno a su eterna relación con la muerte siempre regresa y hoy en día lo hace de forma voraz, salvaje. ¿Cómo pensar la muerte en la actualidad?

Allouch en su libro *“Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca”* nos invita a reflexionar sobre el restablecimiento de lo macabro en el ser humano, como una forma “de suscitación del deseo en el viviente” (Allouch, 2001:15). Entiendo con ello que el asunto es reflexionar sobre lo real de la muerte para producir así el deseo de vivir. Teniendo en cuenta que lo macabro se inscribe en Europa desde la Edad Media, en aquellos tiempos lo macabro producía otra connotación respecto a la representación de la muerte porque “es sabido que las épocas macabras fueron alegres, ricas en goces (*no por ello mejores o más felices*) de la vida” (Allouch, 2001:15), las cosas se invierten. Justamente, esa inversión que se produce por la cercanía de la muerte en términos reales es por lo que un sujeto vive la vida; se convierte en deseante.

La omnipotencia y la muerte

En 1955, en el encuentro internacional de los premios Nobel, el químico norteamericano Stanley dijo: “Se acerca la hora en que la vida estará puesta en manos del químico, que podrá descomponer o construir, o bien modificar, la sustancia vital a su arbitrio” (Heidegger, 2002:25-26). Lo anterior es una declaración audaz en cuanto a la investigación científica, pero lo que resulta sorprendente es que nadie se detuvo a pensar en cuanto a que la técnica estuviera preparando una agresión hacia la vida y la esencia del ser humano. ¿Qué pasaría si el hombre ya no muriera? ¿Está el hombre preparado para no morir? ¿Qué implicaciones para la subjetividad tiene el hecho de que la vida esté puesta en manos de los químicos? Estamos acostumbrados a no detenernos a reflexionar.

Se tiene la idea de que las ciencias más fructíferas son aquellas que pueden producir más tecnología o mejores predicciones del futuro basadas en el método científico, es común considerar por ejemplo que el “mejoramiento” consecuente en la salud y el aumento de la longevidad humana se hallan entre las características más notables y admirables de nuestra época, como producto de la ciencia y la tecnología. Sin embargo ¿que sentido tiene vivir más? ¿De dónde se sacará comida para tanta gente que ya no se muere? No preguntamos nada acerca de los “mejoramientos” de la humanidad que huye de su muerte, resulta normal vivir alejando más y más lo real de la muerte. La búsqueda humana se encuentra ligada a la posibilidad de hallar el secreto de la vida eterna, encontrar la piedra filosofal o el químico perfecto que manipule el error de la mortalidad.

Hoy en día asistimos a la declaración del actual Premio Nobel de medicina, Tim Hunt, quien aseveró que “podemos intentar dejar de respirar y entonces, seguro no nos moriremos de cáncer”, o bien, que “lo que se sabe es que si comes bien, vives más, y si vives más, tienes más posibilidades de tener cáncer”. ¡Claro! Los hombres morimos diariamente; morir no es producto de un accidente, es de carácter natural entre todas

las especies vivientes, y el hombre, como una especie, también tiene una cita con su muerte.

Ambas declaraciones de Hunt, dicen que de cualquier forma el hombre morirá y no necesariamente de viejo o por un accidente, sino más bien que las posibilidades de morir de cáncer engrosan las estadísticas. El cáncer es una enfermedad que no tiene un origen seguro, sin embargo se sabe que en gran medida se debe a los tóxicos y al uso de tecnologías atómicas que usamos, respiramos o ingerimos diariamente. Pero nadie nos preguntamos acerca de cómo llegó a pasar y cuál ha sido su efecto en la subjetividad del ser humano. El uso de la tecnología y la ciencia lejos está de producir un hombre inmortal; contrariamente, se ha revertido produciendo otras formas de morir. De ahí que lo que se intenta aislar retorna y de forma salvaje, brutal. No por ello el hombre es más consciente de su muerte. ¡No! la muerte sigue siendo un accidente, un error.

Freud, en 1914, plantea la actitud del hombre ante la muerte y comienza diciendo que por lo menos en el inconsciente, el sujeto no está advertido de ser mortal, lo cual convierte al hombre en un ser inmortal. Esto se plantea Freud, en cuanto que el ser humano carece de una representación de la muerte, por lo menos en lo que refiere a la muerte propia, misma que no es poca cosa. Así, el sujeto es inmortal en lo inconsciente aunque en su diálogo cotidiano se planteen fórmulas o dichos como:

“Nada en la vida es tan seguro como la muerte”;
“El muerto al pozo y el vivo al gozo”;
“Si me he de morir mañana, que me maten de una vez”.

Sin embargo, en el fondo, el ser humano no cree en su muerte, nos dice Freud, la muerte, si le llega a alguien es recibida como una contingencia, como mero accidente, que en la mayor de las ocasiones es justificada diciendo: “no debió pasar”, “era tan joven”, “era tan bueno”, “cómo pasó” “pero ¡si le he visto ayer!”. Pocas son las muertes que hacen que el hombre acceda a los linderos de su propia muerte.

En 1920 Freud introduce el concepto de pulsión de muerte y lo plantea como la más antigua de las pulsiones, inclusive todas las demás pulsiones se hallan al servicio de ésta. Para Freud la pulsión de muerte no sólo resulta constitutiva del sujeto, sino que es quizás la única naturaleza humana.

En *“El malestar en la cultura”* Freud vuelve a plantear que la inclinación agresiva es autónoma y originaria en el ser humano con ello deja clara la predilección innata del hombre a la agresividad, a la destrucción y con ello también, a la crueldad. Para Freud en el hombre existe una tendencia natural hacia el “mal”.

En *“Los orígenes del totalitarismo”* Hannah Arendt menciona que es gracias a lo acontecido en la Segunda Guerra Mundial, con la persecución de los judíos, que se puede conocer al “mal”, ya que en esta guerra los nazis construyeron las “fábricas de la muerte”, sustentadas en la idea de la división de la humanidad entre quienes creen en la omnipotencia humana, es decir, aquellos que creen que todo es posible si uno sabe organizar las masas para lograr cualquier fin; y aquellos para los que la impotencia ha sido la experiencia más importante de su vida (Arendt, 2002:11).

Así se manifiesta un campesino hindú respecto a la construcción de la presa de Tres Gargantas en el año 2000 ante un periodista o ecologista: “Los funcionarios pueden decidir sobre la vida o la muerte de las personas. Por no tener garantizado el derecho de supervivencia no nos atrevemos a decir a nadie nuestro verdadero nombre. Si el gobierno de la zona sabe que hemos hablado con ustedes lo pagaremos caro. El gobierno de la provincia paga a personas que nos vigilan. Si son descubiertos los extraños recibirán una paliza y después serán registrados”. (Barlow; Clarke, 2004: 108-109).

Pero esta división de la humanidad entre omnipotentes e impotentes requiere un análisis en cuanto al desvalimiento innato del hombre como un ser incompleto, inacabado, qué sólo puede valerse en un mundo tan hostil a través de prótesis, mismas que le hacen más posible su lugar en el mundo. Probablemente las prótesis son las que permiten la consideración omnipotente que el ser humano tiene sobre sí mismo, principalmente en cuanto al dominio que ejerce en la naturaleza. La impotencia de otros hombres me parece que es medular en cuanto que refleja la carencia de la omnipotencia, recuerda la fragilidad. Ellos, el omnipotente y el impotente, se encuentran como dobles inseparables.

Los ejemplos en cuanto a la división de la humanidad son múltiples, las corporaciones y quienes las dirigen se hallan del lado de la omnipotencia y los maquiladores de países de América Latina y África tal parece son los impotentes. A mi juicio es interesante analizar esta eterna relación de amo-esclavo en la cual uno no es sin el otro. Sin embargo, no es la finalidad de este trabajo ya que intentaré seguir enfocando mi atención a la consideración omnipotente del sujeto y su relación con la muerte.

Crear que las “fábricas de la muerte” fueron particulares del movimiento nazi, es reducir la mirada, es pensar que lo que ahí comenzó, ahí concluyó. Lejos de ello, las “fábricas de la muerte” llegaron para quedarse, son parte de la sociedad globalizada de occidente, de los sistemas totalitarios y de los gobiernos a nivel mundial. Podemos hallar “fábricas de la muerte” a gran escala que van desde los rastros y las granjas de animales para la producción de carnes u otros alimentos, pasando por la aniquilación de especies en los llamados “ecosidios”, hasta el exterminio, la expulsión y el

aislamiento de sectores de la humanidad por diversas razones como el hambre, la pobreza extrema, la migración, los exilios ecológicos, la religión, entre otras.

Intento resaltar que lo que se elimina de la representación, del lenguaje, está constantemente apareciendo; lo importante es acercarnos a las formas en las que aparece hoy en día la muerte. La muerte como ajena, la muerte seca, la muerte a gran escala, pero aislada, impenetrable, porque no permite que el hombre se cuestione en cuanto su posibilidad absoluta de morir; la muerte que no se inscribe en el lenguaje.

Hoy en día es posible hacer de un muerto un diamante; lejos estamos de considerar lo putrefacto, lo verdaderamente trágico como restablecedor del deseo para asistir a la era de la tecnificación en cuanto a la metamorfosis del cuerpo en diamante bello y sublime. Sin lugar a duda, es otra la forma subjetiva de cargar a los muertos, de enfrentarnos a la muerte.

La muerte y el deseo

Lacan plantea que la dirección de la cura en psicoanálisis está encaminada a asumir la falta, justamente la castración. Se trata de que el sujeto se reconozca como deseante en tanto que carece de algo. Sostiene en relación a la cura y al fin del análisis que no se trata de mostrar al paciente de que la vida no tiene sentido, es una “manera cómoda de lavarse las manos”, se trata de hacer que el sujeto del psicoanálisis en torno a su relación con el falo quede en falta y por tanto en la posición de desear: “es preciso que el hombre, masculino o femenino, acepte tenerlo y no tenerlo [el falo], a partir del descubrimiento de que no lo es”. La función del significante del falo es la búsqueda del deseo.

Freud por su parte, en la número 27 de sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, titulada *La transferencia* plantea que: “El neurótico curado ha devenido en realidad otro hombre, aunque en el fondo, desde luego siga siendo el mismo: ha devenido en lo que el mejor de los casos y bajo las formas más favorables podía devenir. Pero esto es mucho. Cuando sepan todo lo que es preciso hacer y el esfuerzo que se requiere para implantar *esa alteración en apariencia tan ínfima* de su vida anímica, advertirán la importancia que posee *esa diferencia de nivel psíquico*” (Freud, 1916).

Esa “alteración en apariencia tan ínfima”, esa “diferencia del nivel psíquico” en cuanto a la cura lo entiendo de esta manera: esa ínfima alteración es probablemente asumir la carencia, la falta, la castración, a reconocerse pues como sujeto deseante, dejando a un lado la omnipotencia y el narcisismo tan característico de la humanidad.

En Freud la idea del fin del análisis es imposible, sin embargo hay un lugar donde aborda la posibilidad de que un sujeto se convierta en deseante. Así escribió en 1915 en su artículo “*De guerra y muerte. Tema de actualidad*” sobre dos formas de saber de la muerte propia. La primera, y por ello también el texto se titula “*Tema de actualidad*”², es por ejemplo en situaciones extremas como en el caso de los soldados en el frente de batalla.

La segunda forma de saber un poco sobre la muerte propia es a partir de la muerte de un ser querido, mediante la cual uno muere un poco y no sólo muere la persona amada, sino también con su muerte algo de nuestro yo se aniquila, se pierde. Sin embargo, no intentaré abordar la problemática del duelo en torno a la muerte en este apartado.

El interés de mi lectura se centrará en la primera forma de saber sobre la muerte considerada por Freud, la que plantea específicamente en cuanto a los soldados en el frente de batalla, en la cual dice: “Es evidente que la guerra ha de barrer con este tratamiento convencional de la muerte³. Esta ya no se deja desmentir (*Verleugnen*); es preciso creer en ella. Los hombres mueren realmente; y ya no individuo por individuo, sino multitudes de ellos, a menudo decenas de miles en un sólo día. Ya no es una contingencia. Por cierto, todavía parece contingente que un determinado proyectil alcance a uno o a otro; pero el que se salvó quizás lo alcance un segundo proyectil, y la acumulación pone fin a la impresión de lo contingente (*del accidente*). *La vida de nuevo se ha vuelto interesante, ha recuperado su contenido pleno, se reconoce como un sujeto deseante*” (Freud, XVI, 1996:292)

Un sujeto en falta recupera entonces el interés por la vida, recupera su contenido pleno y la posibilidad de asumirse carente le permite al sujeto que se reconozca como deseante. Lo que observó Freud fue sólo en los soldados en el frente de guerra, en cuanto al deseo que ahí en ese instante se produce y se restablece. Esa observación fue imposible para Freud en cuanto a percatar que el fin de un análisis produce también que el sujeto recupere su contenido pleno y se reconozca como un sujeto deseante. Para Freud, el análisis era interminable porque en algún momento se topaba con la angustia de castración, por lo que era necesario que cada determinado número de años el paciente regresara otra vez al diván.

Lacan, sin embargo, supo como plantear el fin del análisis a partir de que el sujeto logra soportar la ausencia, la castración; es entonces que se ha llegado al final. El mismo Lacan menciona sobre aquellas cosas que le conciernen al saber de un psicoanálisis: el sexo y la muerte son dos de ellas y en ambos casos se trata de algo imposible de saber, de imaginar. La diferencia es saber que no se puede saber nada porque hay una ausencia; ausencia que marca el momento del fin del análisis. Así la distancia entre

Freud y Lacan es total en cuanto a la relación con la castración y el fin del análisis.

Si Lacan plantea que la dirección de la cura está encaminada a asumir la carencia para reconocerse como un sujeto deseante, para Freud una de las formas de llegar a ser un sujeto deseante es saber un poco sobre la muerte, es decir, rozando los linderos de la condición mortal del ser humano, así como los soldados en el frente de guerra que recuperan el deseo de vida y de nuevo se les ha vuelto interesante, ha recuperado su contenido pleno, entendiendo además que para Freud el ser humano tiene una inclinación a no arriesgar nada y este no arriesgar nada, lo lleva a la imposibilidad de vivir la vida y a la eterna monotonía.

Allouch por su parte plantea que lo macabro restablece el deseo en el viviente y de ahí que las épocas macabras fueran tan ricas en goces de la vida. Hay aquí también una cercanía con los linderos de la muerte como intenté explicar anteriormente.

Parece entonces que la condición de falta, de carencia, de castración restablece como consecuencia el deseo en el sujeto y el resultado es un ser deseante. Cabe la posibilidad de que el deseo sea restablecido por el real de la muerte, asumiéndose el sujeto como un ser mortal; y saber sobre la certeza de la muerte, pero en toda su dimensión en el sentido de traspasar la idea de contingencia de inmortalidad del sujeto y considerar a la muerte como aquello que nos alcanza a cada instante, como en la época macabra planteada por Allouch, o por la situación que viven los soldados en el frente de guerra según una consideración de Freud, o por la falta que se produce al fin del análisis tal y como plantea Lacan.

Mostrar que el análisis tiene un fin y que el final está marcado por el restablecimiento del deseo de vivir, de arriesgar incluso la vida para desear, me conduce a pensar que no sólo los soldados en el frente de guerra pueden recuperar el deseo. Y si el deseo es restablecido por la muerte, entonces quizás se trata de dejar la idea de la muerte como mero accidente y considerarla como una certeza que se inscribe en lo real; es posiblemente un eslabón que posibilita reflexionar la extraña idea sobre la omnipotencia humana.

Bibliografía

Arendt, H. (2002). "Los orígenes del Totalitarismo 1. Antisemitismo". Madrid: Alianza Ed.

Ariès, P. (1983). El hombre ante la muerte. Madrid: Taurus.

- Allouch, J. (2001). "Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca." México: EPEELE.
- Barlow, M; Clarke, T. (2004) "Oro Azul" ; Barcelona: Ed. Paidos
- Clément, Catherine. «De la estructura a Europa » Publicado en Magazine Littéraire. Traducción de Luis fernando Macías
- Dufour, Dany-Rober. Calmann Levy. (1999). "Cartas sobre la naturaleza humana para uso de los sobrevivientes" Traducción al Español por Pío Eduardo Sanmiguel.
- Foucault, M. (1998). "Historia de la locura en la epoca clasica I". México: FCE.
- Freud, S. (1996). Conferencia 27 « la transferencia » Tomo XVI O. C. Buenos Aires Argentina: Amorroutu.
- Freud, S. (1996). "De guerra y muerte" Tomo XIV. O. C. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu
- Freud, S. (1996). "Malestar en la cultura"" Tomo XXI. O. C. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu
- Heidegger, Martín. (2002). "Serenidad" (Gelassenheit) Versión de Ives Zimmermann. Cuarta edición. Barcelona: Colección La estrella polar. Ed. Del Serbal.
- Macías Juan Carlos. (2007) "Epistemología y psicoanálisis" Seminario establecido en la Universidad Autónoma de Querétaro.
- Lacan, J. (1995). Escritos 2 « La dirección de la cura y los principios de su poder » México: S. XXI.
- Schopenhauer. (2006) "Metafísica del amor. Metafísica de la muerte". Barcelona: Editorial Folio.

Notas:

¹ El hombre, como buen neoteno, se halla fascinado neotenizando a su misma especie como en el caso de los niños, o también a otras especies, particularmente la experiencia del lobo convertido en perro. El hombre está encantado de ser el macho dominante o buscar un macho que lo domine. Se mueve en el terreno de la domesticación como una falsa salida de la neotenia.

² Recordemos que Freud está viviendo la 1er. Guerra mundial, durante esa época y su hijo ha ido a luchar en el frente de guerra.

³ Y es justamente la idea de inmortalidad en el inconsciente, la muerte como contingencia, como accidente.